



Pasión por la biblioteca

Gonzalo García "Darabuc"

El niño estaba delante de la muralla de libros, deseoso, perdido. Tendría unos trece años, quizá. Nada llamaba especialmente la atención en su aspecto; sólo destacaba, si acaso, la timidez de unos gestos y una postura casi transparentes.

Al entrar había devuelto *El faro del fin del mundo*, de Julio Verne, una novela heroica, de resistencia frente a las circunstancias más duras y a unos criminales dispuestos a todo. En su cabeza resonaban aún los embates del poderoso oleaje en aquel rincón meridional que el orgullo del hombre había insistido en conquistar, contra vientos y mareas. También bullían reflexiones: era un avance, puesto que la navegación de la zona era desde entonces más segura, pero ¿era necesario? ¿No habría sido mejor conformarse con aquellos territorios —muy exten-

sos, de hecho— que la naturaleza defiende con menos virulencia? ¿Era necesario llegar de verdad hasta el Polo Sur? ¿Sacrificar tantas vidas de marineros en los hielos del Norte?

Porque aunque la sed de la aventura era poderosa, no carecía de conflictos: los diversos libros y las distintas experiencias chocaban entre sí. ¿Qué llamada de lo salvaje iba a responder Buck, si las exigencias de la vida humana talaban sin medida la libertad de los lobos? Y extinguida la vida salvaje, ¿dónde encontrar otro Colmillo Blanco, u otro zorro para el Principito?

Tal vez por esas vacilaciones, aunque le habían recomendado *Los hijos del capitán Grant*, aquel niño no estaba mirando en la V; y tampoco, aunque tenía en la lista *El vagabundo de las estrellas*, quería por ahora más novelas

de London. No. Necesitaba otra cosa. Pero ¿cuál? Ante la gran pared de libros, ante la muralla de lomos que se alzaban resguardando palabras y enigmas hasta el techo mismo de aquella vieja biblioteca de su barrio, era casi imposible no perderse. Estuvo tentado de regresar a casa con las manos en los bolsillos, porque no era el día de confiar en el azar. Empezaba a sentir frío.

Pero una voz cálida le puso una mano en el hombro y, con seguridad y decisión, alargó el otro brazo hacia un lomo blanco, de aspecto anodino entre la multitud de libros, ligeramente abierto y comido por el sol.

—Te gustará.

Ese niño era yo y, probablemente, era cualquiera de todos los que, más allá de los sueños agitados de la infancia, seguimos pensando que en los libros se atesora en parte lo mejor del ser humano: lo que nos esforzamos por preservar frente al olvido del tiempo, las aventuras, el conocimiento, la utopía, la denuncia, el compromiso radical, la libertad de imaginar.

Yo tuve la suerte de que el libro que aquella bibliotecaria —cuyo nombre no llegué a saber, pero cuya mano dejó huella en lo más hondo de mi alma— era *La guía fantástica*, de Joles Sennell. Lo que se abrió ante mí era la libertad absoluta que nos concede el lenguaje: la capacidad de crear nuevos seres, nuevas realidades, nuevos mundos incluso, por la sola fecundidad de la palabra. Era el libro blanco que, desde entonces, me permite viajar más allá de la cárcel de lo real y saber, con plena certeza, que las cosas serán hoy como son, pero las podemos cambiar.

Desde entonces, siento que no he visitado de veras un pueblo o una ciudad hasta que no he pisado sus bibliotecas y pulsado el latido de ese reducto mágico. En algunos casos, me vence la tristeza, porque siento una vida apagada, sin apenas niños, sin renovación de unas propuestas descuidadas y ya polvorientas. Pero en la mayoría, la biblioteca me guiña el ojo y arquea puertas y paredes para transformarse en el lugar infinito donde conviven los clásicos de eficacia probada con las novedades más escogidas. En el espacio que exhibe con orgullo las huellas del paso de los niños, las pestañas arrancadas por los más pequeños y recompuestas con esmero por los «enfermeros» de libros heridos; las novelas de las que más se habla y aquellas otras de las que se habla poco, pero que, por su calidad, merecen un sitio de primera en los estantes; los álbumes ilustrados que, con imágenes innovadoras, nos hacen frotarnos los ojos ante una Ana María Matute o unos hermanos Grimm que no soñábamos siquiera que pudieran existir. Porque la biblioteca es la espina dorsal de nuestra cultura y sin ella estamos destinados a perecer, doblados por el peso de la barbarie.



7
ARTE, MÚSICA, DEPORTES, OCIO
Creación y diversión



8
8. Ocho
LENGUA, LITERATURA
Hablar y leer



9
9. Nueve
GEOGRAFÍA, BIOGRAFÍAS,
HISTORIA
Países, hombres celebres,
Historia